1419

MIS PROCERES

POR

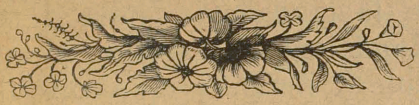
WALDINA DAVILA DE PONCE DE LEON

(COLOMBIANA)

BOGOTA—1893.

IMPRENTA DE ANTONIO MARIA SILVESTRE.

Director, Tomás Galarza.



I

Inscritos están en la columna de la Plaza de los Mártires muchos nombres de próceres, y entre ellos se leen estos cinco: Brigadier, José Díaz; Teniente-Coronel, Francisco López; Coronel, Benito Salas; Coronel, Fernando Salas, y D. Miguel Tello.

Hé aquí la historia de su sacrificio, que fué consumado el día 26 de Septiembre de 1816, en la Plaza de Neiva. Ellos eran miembros de una sola familia.

Dos esbirros del General Morillo descendían por una de las calles que conducen del centro

de la ciudad de Neiva al río Magdalena. La tarde era apacible y serena; un vientecillo suave y fresco rizaba apenas la superficie de las aguas, y las corpulentas palmeras de la vega movían voluptuosamente sus copas. Los pobres vivanderos que regresaban del mercado soltaban sin afán las barquetas para trasladarse á sus humildes casas de campo, cuando se apercibieron de dos esbirros que en ese momento les gritaban:

—¡Alto ahí! las barquetas, de orden superior. Y mientras los bogas oían esta intimación, varios soldados desembocaron por la misma calle, y sin aguardar razones, se apoderaron de las barquetas, llamando á cada una su piloto.

—¿A dónde? preguntaron éstos.

—Desembarcaremos en Opia, contestó el que parecía jefe de la gente armada.

Los campesinos palidecieron y se miraron con asombro; se trataba de ir á la hermosa hacienda llamada "La Manga," y no sería para nada bueno; ya cuatro de sus señores estaban en estrecha cárcel, y sólo quedaba en libertad D. Fernando, el buen mozo de la familia, que era como niña mimada de todos cuantos le conocían: aficionado á la caza, á la pesca y á su guitarra, que tocaba con habilidad, prolongaba lo más posible sus excursiones en la encantadora mansión, que reunía para él todos los goces de su vida. Fué pues, allí donde se prometieron hallarle los esbirros de Morillo.

—¡Adelante! dijo el Oficial, y cada boga tomó su remo, que

puso en juego perezosamente, pero á pesar de esto, muy en breve estuvieron del otro lado, y desembarcaron en Opia sin remedio. Los esbirros pidieron bestias al mayordomo, y siguieron camino hacia la casa principal de "La Manga." Ya uno de los vivanderos les había ganado en agilidad y llegaba jadeante á las puertas de la casa.

—¡Sálvese usted, señor! le dijo á D. Fernando; viene tropa.

—Lo que quieren de mí son bestias y ganado, contestó con una despreocupación increíble, y pasándose la mano por la frente, quedó pensativo contemplando la llanura, que á la sazón figuraba un inmenso manto de esmeralda.

La casa estaba entonces situada á la orilla de un gran lago, circuído perfectamente de cor-

pulentos árboles, sobre los cuales se posaban, á mañana y tarde, centenares de garzas blancas y rosadas. Un hermoso bote á la orilla recordaba tiempos más tranquilos, en que D. Fernando surcaba las aguas, ya con la escopeta en la mano, ya con los instrumentos de pesca; solo algunas veces, otras con sus amigos de predilección.

Alguien le había dicho que en esos días le pedirían un empréstito, y recibió á los españoles con la cultura de maneras que jamás hace falta en hidalgos como él.

Un pliego le fué entregado, y al concluír su lectura, dirigiéndose al jefe, le dijo:

—Hay ganados y caballerías; tomad lo que quisiéreis.

—Es una suma fuerte lo que se os pide.

—No hay plata en caja, contestó D. Fernando; os doy lo que hay.

—Es indispensable que nos déis la suma.

—Está bien; voy á escribir para que la consigan.

—¿A quién? interpeló el Oficial con sonrisa diabólica; todos vuestros allegados están prisioneros.

—Entonces me tarda reunirme con ellos, exclamó D. Fernando, poniéndose mortalmente lívido; no daré nada.

—Seguid con nosotros.

—La noche viene, dijo el compañero, y no tenemos orden de marchar hasta por la mañana, y esto en caso de que este caballero se niegue absolutamente á entregar la suma.

—Es verdad, contestó el primero, comprendiendo el partido que podían sacar.

Quedó aplazada la partida para el día siguiente; condujeron á los españoles á una pieza decente, y D. Fernando, sumergido en una poltrona, quedó por toda la noche presa de terribles reflexiones.

Amaneció; D. Fernando vió y sintió la tibia luz de la aurora; luégo fué poco á poco desplegando su esplendor una de esas mañanas verdaderamente tropicales, en que la frescura del aire, inoculando vida, despierta en el hombre, más que nunca, el instinto de la conservación. Miró con tristeza todo cuanto en aquellos momentos iba á abandonar, con esa ternura, con esa pasión con que se mira lo que se ve quizá por la última vez; pues no se ocultaba á su penetración el abismo sin fondo que probablemente iba á tragárselos. Jamás las bri-

sas de la laguna habían acariciado más dulcemente sus cabellos; jamás había encontrado tan bellos y pintorescos los verdes matices de los árboles vecinos á la casa, y aquella bandada de garzas, unas en la orilla y otras sobre las ramas, le parecía guardar una actitud pensativa, como si suspirasen su adiós.

El horizonte se dibujaba con la precisión de líneas y la frescura de colores que tánto admiró Colón en América; y el cañaveral y las plataneras, cerrando el paso á la vasta llanura donde pacían tranquilamente los rebaños de lozanas vacas, completaban el paisaje.

D. Fernando descendió al fondo de sí mismo y comprendió cuán liberales habían sido con él la naturaleza y la fortuna. Era joven, hermoso, inteligente,

rico, y toda esa fortuna, en su plenitud, iba á perderla. Allá á lo lejos un vago rumor de aguas y plantas, el balido de las ovejas, el zumbido de los insectos y el aleteo de los pájaros en la huerta; todo le parecía un concierto de voces cariñosas, un arrullo que le decía: ¡quédate! Los criados andaban con disimulo cerca de él sin atreverse á dirigirle la palabra, pero con los ojos humedecidos de lágrimas. Los arrendatarios de la hacienda estaban mudos de pesar é indignación, y se sentían tentados á arrebatar al prisionero, pero comprendían que sería abreviarle la vida.

—Si queréis traer algunos objetos, podéis disponerlo, le dijo el Oficial.

—Todo lo tengo allá, como aquí, contestó D. Fernando des-

deñosamente. Partamos; Juan, mi caballo.

—Dispensad, pero tenemos orden de conduciros á pie.

—¡Miserables! gritó D. Fernando con voz estentórea, como si ya deseara que le atravesaran el corazón.

Mudos los esbirros lo colocaron entre los soldados y marcharon.

La prueba de tener que caminar á pie era más que dura para D. Fernando, pero no obstante que el sol abrasaba con sus voraces rayos toda la llanura, el prisionero no dió la menor señal de fatiga. ¡Qué mucho que sus sentidos estuviesen insensibles bajo las impresiones morales que tenían subyugado su espíritu! Iba á reunirse con su hermano y cuñados, pero, ¡cómo y en qué lugar! Si D.ª Feliciana,

su esposa, sabía la terrible nueva, saldría á encontrarle, ella, que pensaba reunirse con él al día siguiente. ¡Cuánto le acobardaría su vista!

Esos temores se desvanecieron bien pronto al encontrar las calles y la plaza bastante solas. Las puertas de la cárcel se abrieron para dar entrada al prisionero, y le fué permitido, por unos momentos, caer en los brazos de sus hermanos. Allí estaba D. Benito, casi cadáver: había hecho la campaña desde el año de 1813; largo tiempo en destacamento, al pie del Puracé, había casi perdido la vista y el uso de las piernas, á causa de la refractación y el frío de la nieve. En tan infeliz estado, su prisión, que ya databa de tiempo atrás, afligía en extremo á la familia. Casado hacía bastantes años con

D.ª Juanita López (así la llamaban por su estatura pequeña), en su hogar había encontrado felicidad completa, junto á la que podía compararse con los ángeles, por su sin igual bondad, su prudencia inalterable y la inefable dulzura que presidía todos los actos de su vida. Su caridad para con los desgraciados era inagotable; calladita y con menudo paso recorría todas las cercanías de la ciudad, en busca de necesitados que socorrer y de enfermos que aliviar; en su casa jamás una palabra imprudente, ni una queja amarga salía de su boca; el timbre de su voz era tan suave, que apenas se le oía. Esta era la compañera de quien D. Benito se había visto separado largas temporadas, ya á causa de las campañas, y últimamente en la prisión. Al ver-

le D. Fernando, sufrió por los dos.

La nueva arrestación llegó á oídos de la familia, con rumores siniestros. Las señoras, ya fuera de sí, se agolparon á las puertas de la cárcel, pidiendo que se les permitiese ver á los prisioneros. La señora Mariana de Vives, casada con D. Miguel Tello, era modesta; D.ª Feliciana Torrente, la esposa de D. Fernando, altiva sobremanera, postraba con sus invectivas á los españoles; D.ª Juana Salas, casada con López, era severa y las reconvenía duramente, pero todos estos desahogos fueron vanos; sólo D.ª Juanita, con sus pequeñas manos juntas, en actitud suplicante, y quizá por su estado interesante, logró ablandarlos, hasta el punto de obtener entrada.

La entrevista fué desgarradora, aunque ningún arranque de desesperación desmintió el carácter de D.ª Juanita; bañada en lágrimas, solamente profirió palabras de paciencia, de resignación y de esperanzas celestiales. ¡Qué cosa tan bella es la piedad cristiana! y, ¡cómo levanta los corazones de la tierra! Esa aparición de ángel dejó más consolados á los prisioneros. Las palabras de conformidad y sumisión se cruzaban entre ellos como si ya comprendieran que se trataba de un desenlace irreparable.

Había una anciana del pueblo, que fué nodriza de Rafael, el hijo mayor de D. Benito, y á quien todos llamaban *mama* Eulalia, y era ella quien desde el principio de la prisión iba diariamente á la cárcel, llevándoles alimentos y demás obje-

tos que necesitaban; unas veces lograba penetrar á donde ellos, otras tenía que dejar con el centinela y volverse desconsolada; esto variaba, según la índole de la guardia.

Casi todas las familias de los prisioneros se habían reunido en una sola casa, para hallarse al mismo tiempo informadas de todas las peripecias que ocurrían.

La noche que siguió á la captura de D. Fernando, nadie pudo conciliar el sueño; por todas partes los sollozos y quejidos causados por dolencias corporales; el hondo desconsuelo de un futuro desconocido que presentían se acercaba con pasos de gigante. En medio de tal cuadro se destacaba la figura de D.ª Juana Salas, como la estatua del valor; su estatura elevada y un poco enjuta, guardaba algo

como de impávida actitud, que contrastaba con su demacrada fisonomía, donde bien podían leerse todos los estragos de la profunda pena.

Al amanecer del nuevo día, esperaban con ansiedad indecible á que *mama* Eulalia pudiera penetrar en la cárcel con el desayuno; llegada la hora se agruparon á esperar que regresara; tenían tántas cosas que preguntarle, y los minutos les parecían siglos; ese día se tardó más que de costumbre. Al fin apareció; desde lejos notaron que volvía con la cabeza inclinada sobre el pecho, y, enjugándose el rostro, salieron á su encuentro y la rodearon, apremiándola y asediándola con preguntas.

—¿Qué hay? ¿cómo están?

El silencio era su sola respuesta; al fin pudo desatar el

nudo de su garganta para proferir esta tremenda frase:

—¡Van á ponerlos en capilla!

—¡En capilla! repitieron todas, tan acordes, que se oyó como un eco sepulcral.

—¡Mañana! añadió la anciana con voz casi inarticulada.

Imposible pintar el trastorno mortal que alteró todas aquellas fisonomías.

Jamás empeños más inauditos se pusieron en juego para obtener gracia; ofrecieron su cuantiosa fortuna. Se les contestó que todos los bienes estaban confiscados. Pero la crueldad irrisoria no omitió someter á D. Benito á otra terrible prueba, proponiéndole que hiciese precipitar á su hijo mayor desde la torre, y así se salvaría. Inútil es decir que al niño se le dejó ignorar semejante propuesta.

II

—Es un día de ahorcado, dice el vulgo, cuando las nubes se agrupan y se tiñen de oscuro color gris, el viento silva con tristeza y las plantas se afligen. Y en verdad ese proverbio no carece de razón, porque frecuentemente vemos á la naturaleza revestirse de tétrica expresión en los terribles acontecimientos de la vida.

Los prisioneros habían ya apurado á grandes tragos el amargo cáliz, y sufrido las mil muertes que pueden acabar con un hombre en el término de tres días, en que sabe que es irremisible su sentencia, y en que cuenta las horas, los minutos y los segundos que van reduciendo la cantidad de existencia que le

queda. Delante de aquel santo Cristo y aquel paño negro, habíanse agotado ya todas sus tristes reflexiones. Allí mismo se había extendido, ante sus ojos, el enlutado porvenir de sus esposas, sus hijos y sus hermanas, á quienes comprendían que sólo iban á legarles un caudal de persecuciones y dolores. ¿Y la libertad? aquel sueño esplendoroso que los había precipitado á tántos abismos, ¿tendría segura cima? ¿De veras habría patria? ¡Qué duda tan horrible para los que nada, nada habían omitido en el camino del sacrificio! Si la seguridad del triunfo les hubiera asistido, ¡con qué felicidad hubieran marchado al cadalso! Estos pensamientos de seguro pasaban por la mente de algunos, cuando un sudor frío les inundaba el semblante y un

temblor involuntario los sobrecogía. Así los encontró *mama* Eulalia cuando fué á la cárcel por última vez, y de los labios de la pobre anciana, aniquilada é ignorante, brotaron las poderosas palabras de la fe, consuelo único en el trance terrible de la muerte:

—¡ Valor ! allá nos reuniremos todos.

—Que así sea, le contestaron, abrazándola con ternura, y cada uno murmuró á su oído la súplica, el encargo más caro á su corazón.

El tiempo trascurrió brevemente después de la desgarradora escena que sólo puede comprender quien haya visto un condenado á muerte. Cesó la debilidad, inherente á todo sér humano, como Jesucristo mismo lo demostró sudando sangre. Los

prisioneros enjugaron sus lágrimas. Una reacción se verificó en ellos, sintiéndose animados de patriótica resolución.

Cinco patíbulos estaban en la plaza vistosamente colocados para escarmiento público. El esquilón sonó, y los cinco prisioneros, vestidos de negro sayal, desfilaron con la frente levantada, al mismo tiempo que el Reverendo Padre Bernal, amigo de la familia, les ayudaba á bien morir con voz conmovida.

Cuando llegaron al punto de la ejecución, una agonía terrible se apoderó de D. Fernando, al pensar en ver morir á D. Benito, y pidió que lo decapitaran primero. D. Benito lo sentó sobre sus rodillas, y las balas que mataron á D. Fernando lo hirieron á él también. En fin, una descarga cerrada estremeció el alma

de toda la población ; el sacrificio quedó consumado.

III

La medida de la persecución no estaba colmada todavía ; promulgado el decreto de confiscación de los bienes y destierro de las viudas y huérfanos, Rafael, el hijo mayor de D. Benito, que apenas contaba once años, fué condenado á seguir para Bogotá, con pena de presidio, marchando á pie y conduciendo la cabeza y las manos de su padre, que le habían sido cortadas y colocadas en cierto sitio del camino, por donde había de pasar el infeliz huérfano. ¿Qué crimen había cometido el niño para tánta abominación? Era descendiente de patriotas. Un grito simultáneo se levantó con-

tra esta última parte de la sentencia; aun entre los mismos perseguidores hubo quienes se sintieran horrorizados, y el Reverendo Padre Bernal consiguió que fuera revocada.

Rafael marchó á pie al presidio de Bogotá, pero no conduje la cabeza y las manos de D. Benito. *Mama* Eulalia le acompañó hasta donde sus fuerzas le alcanzaron, llevándole á sus espaldas un lío con algunos objetos de vestido.

En extremo fatigado y estropeado llegó Rafael al presidio de Bogotá, en donde se sorprendieron de que un niño delicado, para quien las penalidades eran enteramente nuevas, hubiese tenido resistencia para tánto. Un presidio, pero, ¡qué presidio tan bien habitado, en parte! si se considera que allí estaban D. Si-

món Burgos, el intrépido Rafael Cuervo y otros de la misma talla. Ellos eran los que en ese entonces salían á barrer las calles de la ciudad, y al ver al inocente niño sujeto á semejantes tratamientos, la ternura de sus ilustres compañeros atenuaba en lo posible el rigor de su suerte, tan prematuramente dura.

Entre tanto las viudas, con los pequeños huérfanos, arrojados al destierro, sin haberles sido permitido sacar ni los objetos de uso más indispensables, vagaron á la pampa, como rebaño de ovejas. Los numerosos amigos del tiempo de su prosperidad desde lejos los compadecían. El patriota era más temible que el leproso, cuyo contacto atrajera los padecimientos y la muerte.

Un solo corazón magnánimo se sobrepuso á los temores, y les ofreció una pajiza casa de campo. Para los seres incultos el alimento es la primera necesidad, para las personas delicadas un techo que las abrigue y que ampare el pudor de la miseria. Así fué grande el consuelo é inmensa la gratitud que sintieron hacia la señora N. Zabala, que las protegía con esa generosa oferta.

Una vez instaladas se apercibieron de que su viejecita Eulalia había conseguido sustraer de la vigilancia española alguna ropa y otras pequeñas cosas. Las viudas hallaron también en sus portamonedas algo para subvenir á los primeros gastos, pero un día llegó en que, completamente agotados los recursos, la terrible frase "tengo hambre,"

se escapó de los labios de los niños.

—¡Qué estupidez! dijo D.ª Juana Salas, mientras las otras señoras lloraban á torrentes; hemos perdido el tiempo que pudiéramos haber empleado en trabajar para nuestros hijos; ¿esto es honrado?

—¿Qué quieres que hagamos? contestó D.ª Catalina, soltera consentida.

—Buscar el pan para nuestros hijos.

—¿Buscarlo? ¿En dónde?

—Trabajando, exclamó con imperio D.ª Juana.

—¡Trabajando! contestaron estupefactas.

—¡Trabajando! insistió D.ª Juana. ¿Acaso no hay centenares de familias que viven de su trabajo?

—Así será, contestó la orgullosa viuda de D. Fernando.

—Tengo hambre, repitió uno de los niños.

—¡ Eulalia ! dijo D.ª Juana : véte á donde Tomás el cosechero, díle que me preste un poco de tabaco, que pronto se lo devolveré.

Mama Eulalia regresó en breve seguida de un hombre que traía á espaldas un tercio de tabaco.

Los ojos de D.ª Juana brillaron de gozo, y abalanzándose sobre el material, les dijo sin vacilación :

—Tú, Catalina, pronto, á abrir las hojas, y pásaselas á Juanita, que las rociará con agua.

—Tú, Feliciana, sepára las venas, y estíra bien las hojas, colocándolas en montones, y así las dejaremos hasta mañana ; pero improvisemos ahora mismo un paquete.

Todas se pusieron á preparar el tabaco, más por obedecer que por la esperanza de alimentarse con su trabajo. *Mama* Eulalia, la más apta, porque tenía costumbre de fabricar sus cigarros, emprendió la labor.

—Esto es ridículo, murmuró D.ª Feliciana; si no inventas más que esto, estamos perdidas de recursos.

—Tú no tienes fe, ¡pobre criatura! no sabes que un templo se fabrica comenzando por colocar una piedra; que una ciudad se toma empezando por avasallar una casa, y que en todas las cosas de la vida el trabajo es empezar; ¡ánimo!

—Principias, pues, á poner una fábrica de cigarros, dijo D.ª Catalina, con acento triste y burlón á la vez.

—Principiamos, replicó D.ª

Juana ; eso siempre nos producirá más que no hacer nada, y hablando así la activa matrona, procuraba imitar los cigarros de *mama* Eulalia, quedándole muy contrahechos y feos al principio, pero á poco rato ya se tenían cuatro paquetes, que *mama* Eulalia colocó en una cesta y llevó donde los vecinos.

—Mucho me temo que nuestra pobre viejecita vuelva con sus cigarros, dijo D.ª Catalina, enjugándose las lágrimas.

—Tengo hambre, volvió á gritar uno de los niños.

—Ya volvemos á lo mismo, observó D.ª Juanita López, deshaciéndose en llanto, porque esta vez era el más pequeñito quien pedía.

—¡ Valor Juanita ! dijo D.ª Feliciana ; tengamos esperanza ; no, no puede ser que continue-

mos así; Dios no desampara á sus criaturas; algún milagro sucederá en nuestro favor.

—Así me gusta oírte, exclamó D.ª Juana; esperemos, esperemos.

—Sólo para la muerte no hay remedio, suspiró D.ª Catalina, y al decir así, los cinco patíbulos se presentaron á la imaginación de las viudas, que á un tiempo lanzaron desgarradores lamentos.

Larguísimo rato había trascurrido, y al través de la llanura se distinguió la silueta de una mujer, que resultó ser la diligente y activa *mama* Eulalia.

—Aquí está, dijo, llegando casi ahogada por el afán, y presentándoles la cesta llena de pan y chocolate.

Había realizado todos los ci-

garros y llevaba lo suficiente para cenar.

—¡ Ya veis ! les dijo D.ª Juana, comeremos de nuestro trabajo ; él irá en progresión. Demos gracias á Dios. Todas se pusieron de rodillas y balbucearon algunas oraciones.

El gozo de mitigar el hambre de sus hijos les dió un sueño más sosegado, y al rayar el alba ya estaban de pie.

Al principio costaba indecible dificultad hacerlas vencer el desaliento causado por los pesares. Poco á poco la ocupación les proporcionaba alguna distracción ; el hábito de levantarse temprano restauraba sus fuerzas, y los semblantes demacrados iban animándose con el aspecto de la salud.

Pronto se le pagó á Tomás, y hubo con qué comprarle más

tabaco para la empresa, que siguió tomando mayores proporciones. Al principio ganaban para no morir de hambre, luégo para alimentarse bien, y más tarde para satisfacer otras necesidades. El mismo aislamiento en que vivían les era propicio para el trabajo, pues empleaban útilmente todo su tiempo. Como se ve, bajo el punto material, no era la situación enteramente desesperada, aunque penosa, pero bajo el aspecto moral no había para qué pensar en tregua ni descanso.

D.ª Juanita callaba, sin que por eso se ocultase al resto de la familia el cúmulo de penas que la afligían; todas á porfía cedían en su favor las pequeñísimas comodidades que la situación les permitía; su estado avanzado y la perspectiva de

su alumbramiento en semejante destierro, la hacían el objeto de las contemplaciones, que atenuaban un poco sus penalidades, pero, ¡cómo apartar de su memoria la imagen del cadalso! ¡cómo consolarla de pensar en su hijo, habitando un presidio en lejana tierra!

Otra desgracia sumamente dolorosa la afligía:

El Brigadier Díaz había dejado en la orfandad dos hijas muy mimadas, acostumbradas al lujo y las comodidades que la elevada posición y el caudal del Brigadier les permitía; llamábanse Matica y Genoveva, esta última perdió la razón; su locura, no furiosa, pero maniática, les proporcionaba mil incidentes dolorosos.

La hija póstuma de D. Benito trajo al mundo la herencia

de los padecimientos. Joaquina, que así la llamaron, ha sido siempre víctima de terribles crisis nerviosas.

Una de las viudas, la señora Mariana Vives de Tello, tuvo una suerte todavía más dura que las otras, si se quiere: confinada á La-Mesa, lejos de toda la familia, vió morir de hambre á uno de sus hijos pequeños. Todavía en el destierro fué asaltada de una grave enfermedad, y para dejarle algún apoyo á sus muchos huerfanitos, á la orilla de su lecho de muerte hizo contraer matrimonio á Rafaela, su hija mayor, que apenas contaba trece años, con D. Gregorio Castro.

—¡Basta! las penas tienen su pudor, ha dicho el célebre poeta antioqueño.

IV

Un murmullo general circulaba entre todos los patriotas, como por eslabones eléctricos. El grito de la libertad comenzó á oírse por todas partes, hasta quedar precisado en esta palabra :

—¡ Triunfamos !

El ensueño estaba realizado ; la tiranía extinguida ; todos los ámbitos de la antigua Colombia repercutían el nombre de Bolívar, y nada puede compararse con el gozo que experimentaron los patriotas. Las lágrimas se enjugaron en todos los ojos ; los dolores se ocultaron en el último rincón del corazón ; las tumbas de los mártires se vistieron de gala, y fué todo un himno en frenesí de alegría.

Pasado el tiempo bailaban en

una de las principales casas de los patriotas, y el bondadoso D. Domingo Cayzedo le dijo á la hija mayor de D. Benito:

—Pepita, voy á traerte un insurgente á ver si se cansa de bailar contigo; y á poco le presentó un joven de airosa presencia, ojos chispeantes y frente inteligente. La niña era dotada, como sus padres, de una alma superior, y comprendió al insurgente. Se llamaba D. Pedro Dávila Novoa.

De los seres que aquí figuran, ya sólo existen Petrona, la segunda hija de D. Benito, viuda de D. Diego Herrera, y Joaquina, la que nació en el destierro. Ellas han sido el objeto de la popular consideración, y arrostran hoy una vejez escasa de recursos, con la resignación que les dan sus virtudes y su inteligencia nada común.